

que ¿ que Barcelona desplega per obsequiar als defensors de sa patria y de sa honra?

Aquella victoria que llavors se solemnisava se debia en primer lloch á lo compte de Reus; ell era la figura que més sobressortí de totes quantas brillaren en aquells fets d'armas.

Son recort no morirá may.

¡Gloria al invicte catalá D. Joan Prim!

ENRICH RIERA MATEU.

## Toma de Tetuán

A las tres y media de la mañana interrumpe nuestro sueño la gran noticia de la toma de Tetuán, que viene á colmar los deseos de todos los españoles, á realizar las nobles aspiraciones de la madre patria, de esta tierra adorada que nos ha dado la vida, y á cuya historia inmarcesible añadimos hoy una gloriosísima página. El entusiasmo embarga el ánimo y arranca lágrimas á los ojos, lágrimas que son la expresión de esas grandes alegrías, cuya intensidad es tal, que, no cambiando en el pecho se confunde con los grandes dolores. ¿Qué podremos decir nosotros que no digan con mayor elocuencia los hechos? Esta gran nación, postrada y vencida, que cada día bajaba un escalón hacia el abismo y perdía uno de los diamantes de su corona, que se ha visto amenazada de dividir su púrpura entre los que no se atrevían á mirarla antes sino de rodillas, merced al rayo de libertad que ha descendido sobre su frente del cielo se levanta, recoge su espada, deslumbra con su brillo al mundo, y prosigue la obra interrumpida de su civilización, y dá la sangre de sus hijos por el gran destino que le ha confiado la Providencia, alzando su sagrada enseña en las costas del África, implacables testigos tantas veces de inútiles esfuerzos, y que han embebido tantas y tan caras vidas de nuestros grandes héroes.

Hemos llevado á la tierra africana nuestro pensamiento, y allí ondea ese pabellón español que han visto asombrados tantos pueblos, que ha cobijado la cuna de un nuevo mundo y que hoy rasga el sudario de un mundo envejecido y antiguo.

El pueblo español no ha interrumpido la obra de las generaciones pasadas, no ha cesado en el gran trabajo de su historia. Hoy los tiempos son testigos de que aquel pueblo guerrero que interpuso su pecho entre la me-

dia luna y la civilización cristiana; que detuvo las irrupciones de los almohades, cuyo corbo alfange hubiera segado hasta en la misma Roma el árbol misterioso de la cruz; que hizo retroceder á los almoravides como el cazador hace volver al tigre herido á su madriguera; que cerró las puertas de Europa á los beni-merines; que sepultó en Lepanto las amenazadoras naves turcas, las cuales hubieran hecho del Mediterráneo un lago corrompido y envenenado por el fatalismo; este guerrero sin par, que cuenta tantas glorias, continúa sus grandes sacrificios ofreciendo la vida de sus hijos en holocausto á la civilización universal.

Y lo que más halaga el ánimo, lo que más dilata en la mente la idea y en el corazón la esperanza, es que esa ciudad africana nos abre las puertas sin violencia, sin que las haya forzado el hierro ni el fuego, asombrada del heroísmo de nuestros soldados, á quienes recibe como hermanos y saluda como libertadores. En este gran acontecimiento vemos señalada nuestra idea sobre la guerra de África. Siempre hemos dicho que debíamos ir allí, no como enemigos, sino como hermanos; que la guerra debía ser no una venganza, sino como la voz de la tempestad que despierda á extraviados caminantes, hijos del género humano, dormidos al borde obscuro del abismo; que debíamos recordar con nuestra humanidad, con nuestra civilización, que lejos de ser mensajero del exterminio, el genio español, al cernirse sobre aquellas regiones, es como el ángel de la Providencia, que une la primera y la última página de la historia, la primera y la última palabra de la civilización, el Oriente y el Occidente, y que su espada si es de fuego en la batalla, es de luz esplendente después de la victoria.

Pero ¿á qué hacer estas reflexiones? No es hora de pensar, sino de sentir. Es hora de elevar el ánimo al cielo, y dar gracias á Dios, que nunca abandona á nuestra heroica raza. Es hora de anunciar á Europa cuán injustamente nos ha tratado al creernos próximos á ser borrados del mapa de la civilización. Es hora de decir al entusiasmo público esta gran nueva, para que todo español se regocije y viva con el gran júbilo de hoy y bendiga alborozado el sol de este gran día. Es hora de saludar, deponiendo los recuerdos políticos en aras de la patria, á los bravos caudillos que han dirigido la guerra. Es hora de saludar á ese heroico ejército español, que ha atravesado desfiladeros inmensos, que ha sufrido todas las inclemencias de la naturaleza, que se ha visto azotado por la tempestad, que ha sa-